

ANTE UN RETRATO DE BOLIVAR

(Pintura del maestro Ricardo Acevedo Bernal colocada solemnemente por los PP. de la Compañía de Jesús en la Galería de Artes del Colegio de San Bartolomé el domingo 19 de febrero de 1922).

Los militares de la vanguardia de Cristo capitaneados por el gran caballero vasco Ignacio de Loyola levantan hoy con solemnes honores la imagen de este otro gran militar de estirpe vasca Simón Bolívar, el Libertador y Padre de Colombia. Muy en su sitio está la efigie de Bolívar en esta casa.

La nacionalidad colombiana lleva en sus venas mucho sudor y mucha sangre de Vasconia, de aquella Vasconia indomable y batalladora, inconmovible en su fe y siempre celosa de sus fueros y tradiciones.

Los ecos de nuestras montañas repiten muchos nombres familiares a las montañas de Cantabria.

Los misioneros de la milicia loyolea, a par de los de otras insignes familias religiosas; los apóstoles templados y aguerridos para los combates de Cristo conforme a la disciplina del héroe de Pamplona; los Claveres, Figueroas, Luceros, Cujías, Caveros, Mimbelas y Láinez, elaboraron con la sustancia de su vida los elementos de la república futura, y ya constituida ella la educaron y enaltecieron.

Este Colegio de San Bartolomé, árbol gigante y vigoroso que, al fin como nutrido con sangre de apóstoles y arraigado en tierra generosa bajo el sol de los trópicos, ha dado sombra y alimento a tantas generaciones, y que de año en año lozanea con nuevos gajos vestidos de flores de arte y frutos de sabiduría, me parece a mí como un renuevo, a través de los montes y los mares, de aquel sagrado árbol de Guernica en

quien el pueblo vasco simboliza sus derechos, franquicias y libertades.

Al calor de este Colegio de San Bartolomé, como al del ilustre de Nuestra Señora del Rosario, nació arrullada por la gloria y la esperanza la República de Colombia. Aquí se formaron sus próceres y sus héroes, los paladines de la libertad y del derecho. A la sombra de este árbol se mecía la cuna de nuestra Patria.

Un día del último tercio del siglo antepasado, cierto joven de la aristocracia santafereña, que había dispuesto su matrimonio para esa misma mañana en la iglesia de San Ignacio,—como devotísimos que eran del santo Patriarca el novio y su prometida—y que, con indignación y espanto suyo y de toda la sociedad colonial, no pudo verificarlo debido al suceso de la media noche anterior, la expulsión repentina y secretísima de los Padres de la Compañía, salió por esas calles, mudas de dolorosa consternación, vestido con el traje de bodas, casacón y gregüescos de terciopelo azul, pechera de encajes, tricornio emplumado, calzas de seda y zapatos de hebilla,—clamando y protestando a voz en cuello contra aquel despótico y criminal atropello cometido en nombre del rey, y anunciando, como conclusión y remate:

«No pasará medio siglo sin que estas provincias se levanten y sacudan el yugo de reyes que ordenan tan odiosa injusticia como ésta! ¡Pronto vendrá quien castigue esta iniquidad!»

Los afligidos santafereños, que a tales horas oyeron al improvisado tribuno en traje de bodas fulminando esos vengadores vaticinios le tuvieron por loco.

De que no lo estaba da testimonio perdurable este retrato, símbolo vivo de nuestra independencia y libertad, que hoy colocan en su casa y casa de Colombia los Padres de la Compañía de Jesús, los hermanos de aquellos a quienes en noche nefanda lanzaron al destierro

el sectarismo volteriano de Aranda y la sectaria sumisión de Messía de la Cerda y del fiscal Moreno.

Este que aquí vemos es el ínclito vengador de aquel salvaje atenfado contra la justicia, contra la libertad. contra el derecho, contra la religión, contra la civilización del mundo.

Colombia es obra de los vascos: obra en muchísima parte de los misioneros de Loyola y de los frailes; y ora en todo lo demás de las legiones de Bolívar. Un día muy grande "la constancia española se estrelló contra sí misma," según la magnífica expresión de Andrés Bello.

¡Cuán bien está el retrato de Bolívar en esta casa! Pintólo con alta inspiración y profundo recogimiento el noble pincel de Acevedo Berna], que (obscuro sus lucos, a los crepúsculos del trópico, y por quien se enorgullece la patria de Oregorio Vásquez, de Oaray y de Páramo; JJintó al héroe no en la embriaguez de la victoria, no en medio de las aclamaciones de la fama sino en horas de concentración melancólica: Este no es el Bolívar arrebatado por el ensueño de la gloria sobre la cumbre del Chimborazo, sino el Bolívar meditabundo y dolorido que ncelaba el naufragio de la libertad, que siente ya sobre su cabeza los aletazos de la tormenta, que empieza a temer si habrá arado en el mar y edificado en el viento. Ya el águila está herida. Y bajo el héroe se adivina al mfirtir. La fiebre del pensamiento ha talado su abundosa cabellera; el presentimiento doloroso le des- (:(ama el rostro; precoces arrugas surcan su frente; sus cejas se enarcan con expresión de fosomne angustia; los ojos luminosos, donde el genio relampaguea, se hunden en el porvenir tenebroso; la mano derecha apoya la noble cabeza abrumada por la meditación, Y la izquierda se coloca en guardia pero sin amenaza, sin violencia, sobre el pomo de la espada vencedora en mil combates Y libertadora de un mundo.

Así lo vio, así solía describírnoslo su poeta, el poeta de Boyacá, el gran viejo Ortiz, mi maestro del alma, el cantor de la Bandera Colombiana, que no podía nombrar al Libertador sin que se le aguaran los ojos, sin descubrirse reverente la noble cabeza blanca. Así nos lo pintaba a sus discípulos cuando nos refería los infortunios de aquella vida portentosa

De excelso honor y de olor tejida;

y cuando recordaba el momento en que el fundador y Padre de Colombia,

Envuelto en la bandera colombiana

Y con amor profundo

Pronunció lleno de esperanza el nombre

Del que murió por libertar al hombre

¡Libertador! ¿temes por tu obra? ¿temes por la libertad?.... Consuélate y repósa: no perecerá tu obra: Colombia, tu amada Colombia se salvará, y sus hermanas con ella: «El Dios de Colombia» vela sobre ella: ella cree en Dios, adora a Dios, es inquebrantablemente fiel a Dios, como digna heredera de Vasconia. Aquí Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera. Quede para siempre tu imagen, oh gran Libertador! en este Colegio de San Bartolomé, donde se educa a los hombres para la libertad en el orden; donde se enseña, que Cristo es la Verdad, y que la verdad, y sólo «la verdad nos hará libres»!

JOSE JOAQUIN CASAS.

ogotá, 19 de febrero de 1922.